

sometido a otros textos intermedios...) y señala los rasgos singulares de la representación teatral (intencional, plurimodal, ficticia, real, artificial, artística...). Termina esta segunda parte con una presentación de los componentes constitutivos de la representación y un estudio de las funciones y efectos del teatro. En este último sentido, se nos recuerda que el teatro es evasión y entretenimiento, crítica y provocación, reflexión y conocimiento, placer y goce artístico, medio de difusión de valores e instrumento de liberación de impulsos creativos, espacio de intercambio de experiencias y catalizador de emociones. Finalmente, el libro se cierra con una propuesta de análisis del texto teatral basada en una descripción de los signos teatrales y en un examen del texto que incluye desde la determinación de su estructura hasta al estudio de la recepción. Todo ello hace que estemos ante el tratado de teoría teatral más riguroso y completo publicado en los últimos años. En sus páginas encontramos un modelo teórico muy preciso y, a mismo tiempo, lo suficientemente abierto como para encajar en su lugar textos tan diversos como un drama burgués y un espectáculo de Grotowski, un monólogo y una pantomima, un auto sacramental y un lazzi.

Hablar el guión, Bernardo Sánchez, Rafael Azcona, Madrid, Cátedra, 2006. **La Tauromaquia según Rafael Azcona**, Pedro María Azofra, Logroño, Ochoa, 2006. **El pisito. Novela de amor e inquilinato**, Rafael Azcona, Madrid, Cátedra, 2005.

Si preguntásemos a los aficionados al cine, incluso a muchos estudiantes de cinematografía y comunicación audiovisual, el nombre de algún guionista puro, es decir, dedicado sólo a la escritura de películas, la respuesta sería un bochornoso silencio. Y si nombran a alguien, la posibilidad de que sea Rafael Azcona es superior al 80%. Rafael Azcona, en otras palabras, encarna en nuestro país a toda una profesión, un oficio casi clandestino. Para ello ha necesitado cerca de cincuenta años de trabajo y casi cien guiones, entre ellos *El pisito* (1958), *El verdugo* (1963), *La escopeta nacional* (1977), *El bosque animado* (1987), *Belle Époque* (1992) o *El misterio Galindez* (2003). La calidad de su trabajo y su método de escritura («hablar el guión» con los directores en una cafetería y luego escribirlo, entregándoselo al director con total libertad para modificarlo) han conseguido que deseen trabajar con él los más importantes directores del país, entre ellos, Marco Ferreri, Luis García Berlanga,

Carlos Saura, José Luis García Sánchez o Fernando Trueba. En las películas de estos directores encontramos estilemas comunes que tienen su origen en el hecho de compartir al mismo guionista. Son huellas de la particular escritura de Azcona, como el personaje coral, el republicanismo, el humor negro o el mundo de los toros, aspecto este último que es el tema en sí del libro de Pedro María Azofra. Incluso, el «estilo Azcona» se nota en toda una nueva generación de cineastas: Alex de la Iglesia, la Cuadrilla, Santiago Segura, Pablo Berger...

En cuanto al ensayo de Bernardo Sánchez, lo más atractivo de su estudio sobre Rafael Azcona radica en que es un ensayo escrito desde dentro. Bernardo Sánchez logró hace unas temporadas un gran éxito con su adaptación para el teatro de la película *El verdugo* y ha escrito un guión con el propio Azcona, además de unirles la complicidad de ser ambos de Logroño. Nadie mejor que él, conocedor de todas las anécdotas, todos los secretos, todos los falsos lugares comunes, para escribir un libro que nace formando parte del homenaje al guionista organizado por el Festival de Cine Español de Málaga.

Lamentablemente, Editorial Cátedra, la misma que edita este volumen, ha publicado también recientemente un volumen dedi-

cado al autor, pero el editor, Juan A. Ríos Carratalá, ha preferido publicar una de sus novelas, *El pisito. Novela de amor e inquilinato*, en lugar de escoger algunos de sus guiones, tal y como ya se había hecho dentro de la colección Letras Hispánicas con Jaime de Armiñan. Se ha perdido una excelente ocasión para dar al oficio de Azcona el status que se merece, pues son muy pocos los guionistas que han conseguido publicar guiones dentro de colecciones consagradas a la literatura, entre ellos, cómo no, su admirado Woody Allen, del que el propio Rafael Azcona dice que algún día recibirá el Nobel de Literatura. En definitiva, parece que el debate sobre si el guión es un género literario o tan solo una forma de paraliteratura sigue muy abierto y plantea numerosas dudas.

Emeterio Diez

Sobre una confidencia del mar griego (precedido de Correspondencias), Andrés Sánchez Robayna y Antoni Tàpies, Madrid, Huer-ga y Fierro Editores, Col. Signos, 2005, 78 pp.

En este volumen el lector puede sumergirse serenamente en el

peculiar mundo poético de Andrés Sánchez Robayna, quien, desde *Palmas sobre la losa fría* (1989), ha ido expandiendo su palabra en poemas más extensos y explícitos que los de su ciclo inicial. No se trata tanto de una nueva visión del mundo como de un deseo de reflexión que funde canto y pensamiento donde antes sólo parecía haber pura percepción sensorial (aunque, en realidad, tal éxtasis sensible respondiera a una ambiciosa búsqueda del espíritu). Así lo ha seguido practicando en libros tan significativos como *Fuego blanco* (1992), *Sobre una piedra extrema* (1995) o *El libro, tras la duna* (2002).

Correspondencias, la entrega inicial de este volumen, está compuesta por doce poemas inspirados en motivos diversos, que permiten al autor plasmar su personal concepción del mundo a través de una notable variedad de vivencias. *Sobre una confidencia del mar griego* reúne, a continuación, veinte composiciones que relatan muy personalmente un viaje del yopoético por las islas de Grecia, de manera que aquellas escenas de tema vario ahora se ven iluminadas por un marco geográfico más concreto y estable, más mítico también. En una y otra colección asistimos al deseo continuo del yopoético por encontrar a las acciones humanas el significado tras-

cedente y sagrado que él contempla en los acontecimientos de la Naturaleza, intentando superar cualquier banalización de la existencia humana y, por supuesto, cualquier suerte de nihilismo. Para ello la mirada del yopoético se centra en la armonía del espectáculo natural (el sol, el cielo, el mar, la playa...), y así contempla entusiasmado cómo su continuo dinamismo se renueva una y otra vez con la misma perfección. El hombre, cuya vida, a primera vista, parece destinada a la caducidad y al olvido, ha de tener un lugar en esa Unidad divina del Mundo natural (el monismo panteísta del poeta recorre todo el volumen y, curiosamente, se hace muy explícito en los poemas primero y último). Refiriéndose a un almendro, concluye el primer texto: «Verás los brotes pobres/ en lo negro, desnudos./ Verás ramas tallos/ en los brazos del Uno» (p. 9).

En todo el libro late ese deseo humano, de toda la especie, por sobrevivir junto al mundo natural, eterno y divino; pero, más que la penosa búsqueda de la eterna permanencia de nuestro ser y de la Humanidad entera, lo que en estos poemas se ofrece es el gozoso encuentro, la comunión entre las obras humanas y la divina Naturaleza, reiterado en distintas experiencias y en diversos paisajes. No existe, pues, diferencia entre la